



MILTON, Robert



FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 285

MARIDOS ERRANTES

(HUSBAND'S HOLIDAY 1931)
Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el eminente actor de la pantalla

CLIVE BROOK

Narración de HARRY BALTYMORE

Producción
de la invicta
m a r c a



Paseo de
Gracia, 91
Barcelona

REPARTO

Jorge	CLIVE BROOK
María	Vivienne Osborne
Clyde	Charles Ruggles
Cristina	Juliette Compton
Audrés.	Harry Bemister

Argumento de dicha película

PRIMERA PARTE

Hacía seis años que se habían casado, durante ellos pasó con gran rapidez los momentos efusivos del amor que pareció que los había unido para toda la vida y María, la jovencita elegante y admirada por tantos hombres, dejó de ser la muñequita encantadora para convertirse en una esposa leal y una madre cariñosa de sus pequeñines, Ana y Felipe.

El cambio experimentado en la mujer, aquella transformación de frívola en seria, dió lugar a que Jorge, el marido, empezase a distanciarse y que llegara incluso el día en que otra mujer ocupase el lugar que antes había ocupado María.

Sin embargo, ella, consciente del deber que le imponía su condición de madre y de esposa, procuró fingir una ignorancia cariñosa, contenta de no deshacer aquel hogar donde sus hijos debían crecer sin conocer el desvío de su padre.

Pero este pensamiento de María no era com-

partido por su madre, una de esas señoras acostumbradas, no solamente a dominar a su marido, sino que pretendía arreglar las casas ajenas. Tenía una idea extramodernista de los deberes de la mujer y esto había dado lugar a que, desde mucho tiempo atrás, se hallase divorciada de su marido.

A tal punto habían llegado las cosas, que un día, mientras que el padre de María hacía una visita a ésta, su madre llamó por teléfono anunciándole que llegaría a su casa dentro de unos minutos.

—¿Sabes quien va a venir? — le dijo María sonriendo cariñosamente a su madre. — Mamá. Acaba de telefonearme.

Su madre hizo un ademán de marcharse, pero su hija lo detuvo diciéndole:

—No te vayas. Estás en mi casa.

Andrés Klar, un íntimo amigo de María y Jorge, que se hallaba de visita, sonrió ante la actitud del padre y le dijo:

—¿Hace mucho tiempo que están ustedes divorciados?

—Mucho — respondió el padre de la joven. — Si hubiese cometido un crimen tal vez ella me hubiese perdonado, pero cometí un “flirt” y eso no lo perdona nunca una mujer de las ideas de mi esposa. La ley le dió el divorcio, se acogió a ella y a mí me condenó a una pensión perpetua.

—¿Y cómo no se ha casado otra vez?

—preguntó Andrés, que en su condición de abogado procuraba arreglar todas las desavenencias conyugales.

—Casarme otra vez? — exclamó asustado el padre de María—. No he vuelto a encontrar una mujer que me interese...

En aquel instante entró todo el resto de la familia de María, o sea su madre, su hermana Molly, casada con Clyde, un muchacho simpático a carta cabal y que después de sufrir durante unos meses las impertinencias de su suegra, había adoptado el sistema de tomarse la vida a broma y por último Cecilia, la hermana menor.

Conforme fueron entrando iban saludando al padre de María, excepto Molly y su madre, por la comunidad de sentimientos que a las dos las unía.

Apenas se sentó la madre de María llamó a ésta y empezó diciéndole:

—He venido, o mejor dicho hemos venido, para tratar de un asunto de la mayor importancia.

Andrés hizo ademán de alejarse prudentemente, para no ser indiscreto, pero la madre de María lo llamó diciéndole:

—No se vaya usted. Como abogado podrá aconsejar a mi hija en este asunto.

—Mamá, si es algo desagradable, te ruego que no continúes—le dijo María cariñosamente.

—Se trata de Jorge y de Cristina — continuó la madre, como si no hubiera oído el ruego de su hija. Es un verdadero escándalo lo que ocurre. Tú tienes que poner fin a todo eso.

—Bah — exclamó María—. Esas son habladurías de la gente, pero yo no lo creo.

—Eso mismo dije yo cuando lo de tu padre — exclamó su madre, dirigiendo una furibunda mirada a su esposo—, pero no me costó mucho trabajo saberlo... Si tú quieres pruebas, pregúntaselo a Clyde.

Este dió un salto al verse aludido y miró a su mujer, que le dijo:

—Sí, sí, tú me lo dijiste.

—¡Señor mío! — exclamó desesperado Clyde—. ¡Ni a la mujer propia se le puede confiar un secreto!... ¡Cómo están los tiempos!

—¿Dónde está Jorge ahora? — preguntó intencionadamente su madre.

—Debe estar trabajando—respondió María.

—¿Trabajando? — exclamó otra vez la madre—. Ahora está con ella divirtiéndose, mientras que tú estás aquí atareada con tus hijos.

María, contrariada por la intromisión de su madre en su hogar, exclamó:

—No hago más que cumplir con mi obligación. ¿Qué os importa a vosotras todo lo

demás? Este es un asunto exclusivamente para tratarlo Jorge y yo.

—Llevas razón, hija—exclamó bondadosamente su padre.

—¿Es decir, que no te importa lo que haga tu marido?—preguntó extrañada Molly.

—Ya lo creo que me importa—respondió María con la dulzura en ella peculiar—. Amo a Jorge y pienso que en el matrimonio no todo es solamente amor y celos. Hay también otras cosas que considerar: los hijos, el hogar...

—Entonces, ¿lo sabías?—preguntó su madre extrañada de aquella pasividad.

—Sí—respondió con energía María.

—¿Y no me dijiste nada, ni siquiera a mí?... ¿Y ahora qué piensas hacer?

María se encogió de hombros, sonrió tristemente y exclamó:

—Nada, absolutamente nada.

—¿Eso quiere decir que no piensas pedir el divorcio?

—Claro que no—respondió María—. Por un flirteo estúpido, voy a comprometer mi dicha? Si Jorge me falta la desgracia es para los dos, porque él también me ama, aun cuando no se da cuenta. Esas cosas ocurren con frecuencia, pero ya se le pasará y volverá otra vez a ser el que era.

—¿Y tú le admitirías?—preguntó cada vez más asombrada su madre.

—Claro que sí; seguiré a su lado hasta el final, seguiré queriéndole siempre.

—¡Qué suerte de hombre!—exclamó Clyde, sin poderse contener.

—¿Querrías que yo fuese como ella?—exclamó Molly al oír la exclamación de su marido.

—No, hijita—respondió éste—. Ya sé que tú eres como tu mamá.

En aquel instante su suegra, dando por terminada la entrevista, se levantó indignada y le dijo a su hija:

—Si te queda un poco de amor propio, un poco de dignidad nada más, debes pedir el divorcio y separarte de él. Ya lo sabes.

Su padre dejó que se fuesen todos y acercándose a María, la acarició bondadosamente y le dijo:

—Yo, hija mía, apruebo tu conducta. No ha de ser todo divorcios y separaciones. Hay que dejar algo al amor. Persiste en tu idea y tu marido volverá a tus brazos tan enamorado como antes.

María sonrió, al mismo tiempo que ofrecía la mano a Andrés, que se despidió de ella diciéndole:

—Ya sabes, María, que siempre he sido un buen amigo tuyo, si en algo puedo serte útil me tienes a tu disposición.

—Gracias, Andrés—exclamó la joven despidiéndole en la misma puerta.

Y al quedar sola, la pobre María, ocultando la pena que la agobiaba ante el desvío del marido a quien tanto amaba, corrió a la habitación donde estaban los pequeños, para verlos por última vez antes de acostarse.

SEGUNDA PARTE

La entrevista tenida con su madre había producido en María tal tristeza y nerviosidad que en vez de acostarse esperó el regreso de su esposo.

Una hora después, Jorge entraba en su casa sigilosamente. Dejó el sombrero y el gabán en el cuarto perchero y subió a sus habitaciones.

Acababa de dejar a Cristina y venía decidido a terminar de una vez con su mujer, a poner fin a una situación que le era embarazosa. No sabía como empezar, pero su decisión era tan firme que estaba decidido que aquella noche fuera la última que pasaría en su casa.

Al poco de entrar en su dormitorio, llegó



- ¿Tienes hambre?... ¿Quieres comer algo?

María y sin el menor reproche, con el cariño que siempre le había tratado, le preguntó:

— ¿Tienes hambre,... ¿Quieres comer algo?
— No, gracias — respondió Jorge —. ¿Y los niños?

— Felipe te ha estado esperando hasta hace poco — respondió María —. Mamá y los demás han estado aquí.

— ¿Qué querían? — preguntó alarmado su marido.

—Nada—respondió María—. Venían a verte, pero como tardabas se han ido... ¿Ha pasado algo extraordinario en la oficina?

Su marido calló sin saber qué contestar ante aquella cariñosa solicitud de su esposa y ésta volvió a decirle con igual cariño:

—No te preocunes... Ya sé que los negocios no van muy bien, pero todo se arreglará.

—No se trata de negocios—respondió Jorge, decidiéndose a empezar—. Se trata de una mujer. De Cristina Kennedy...

—¿De Cristina Kennedy?—preguntó María, haciendo un esfuerzo para no romper a llorar.

—Sí, ni yo mismo sé como ha sido. La conocí en el tren, luego nos hicimos amigos y...

—No sigas—exclamó María—. Sé lo que vas a decirme.

—He querido ser noble contigo, María—volvió a decirle Jorge, queriendo justificarse de algún modo.

—Te lo agradezco—respondió con tristeza María—, pero me has hecho mucho daño. Hablándome de ella es como si la hubieses traído aquí. No vuelvas a hacerlo, te lo suplico.

—Es preciso que hablemos, María—insistió su esposo—. No podemos continuar así.

—Pues tenemos que seguir—respondió su mujer—. Es preciso que sigamos.

El la miró sorprendido y le expresó su extrañeza diciéndole:

—No me esperaba esa actitud de ti.

—¿Qué esperabas?... ¿Que yo gritase, que pidiese el divorcio? ¿Era eso lo que esperabas? Pues bien, te diré que nunca me divorciaré... Si la amas, como dices, vete con ella, pero ten en cuenta que mi trabajo aquí en esta casa, ha sido tan importante como el tuyo...

—No pienso quitarte la casa—le dijo su marido—. Puedes quedarte con ella y con una parte de mi negocio.

—Eres muy generoso, lo reconozco, pero yo soy tan egoísta que no te concedo el divorcio. Ni te lo concedo, ni te lo vendo... No quiero divorciarme.

En aquel instante la voz de uno de los pequeños se dejó oír llamando a su madre y María, no pensando más que en sus hijos, corrió a su habitación despidiéndose de su marido, a quien dijo últimamente:

—Ya has conseguido despertar a los niños, ahora vete donde quieras.

Y Jorge, sin fuerza para poder continuar en aquella casa, atraído por el amor de la otra, la que con su coquetería había conseguido fascinarlo, huyó de aquella casa donde dejaba tan verdaderos afectos.

TERCERA PARTE

Cristina Kennedy era una de esas mujeres modernas, para quienes el amor, más que un sentimiento suele ser un capricho de momento, una ilusión pasajera, o más bien una vanidad de mujer.

Se creía estar enamorada de Jorge y esta creencia la hizo que, sin respetar la existencia de la otra mujer, ni la de los hijos, empleara todas sus artes coqueteriles para atraérselo.

Al día siguiente de haber roto con su mujer, Jorge se hallaba con Cristina y la preocupación que sentía no pasó desapercibida para Cristina, que abrazándose a él mimosamente le preguntó:

—¿Estás preocupado por mí, Jorge?

—Sí—respondió éste—; me preocupa el que María no quiera divorciarse.

—Ya cambiará de opinión — respondió ella—. Cuando se dé cuenta de que nos amamos comprenderá que su negativa es improcedente.

—Me temo que no—respondió Jorge—. Es



—¿Estás preocupado por mí, Jorge?

una mujer muy seria y antes de tomar una determinación lo piensa bastante.

Pero así y todo, aquella negativa de María no fué obstáculo para que en los días sucesivos Jorge y Cristina vivieran intensamente la pasión que parecía unirlos.

Mas a pesar de aquel idilio, había una cosa que Jorge no podía olvidar, y era ésta la ausencia de sus hijos. En varias ocasiones intentó verlos, pero siempre el temor de que su esposa no le permitiese la entrada lo retuvo, hasta que finalmente, sin poder contener por más tiempo el deseo de abrazarlos, se decidió ir a su casa.

Con gran extrañeza suya, vió que María lo recibía afectuosamente y antes de que pudieran hablar nada, los pequeños corrieron a abrazar a su padre, que se fué con ellos a jugar.

La madre de María, que se hallaba allí, al ver a Jorge se encaró con su hija diciéndole:

—¡No debías admitirlo! ... ¡No tiene derecho a ver a sus hijos!

—¿Qué quieres que haga? —preguntó resignada María. — Quieres que yo misma lo impulse a que se aleje más de mí y de esta casa.

Divorciarte, eso es lo que debes hacer.

Y mientras que la madre y la hija discutían, perseverando ella en su idea de que Jorge no se sintiera extraño en su propio hogar, la madre enfadada con aquellos pensamientos, abandonaba la casa, para no tener una entrevista con su yerno.

Los chiquillas seguían jugando alegremente,

hasta que María los llamó a comer y Jorge les dijo:

—Ahora tenéis que cenar. Vamos abajo. Tomó a los dos en brazos y los llevó hasta el comedor, donde Felipe le dijo a su madre,

—Mamá, ¿no le arreglas el cabello a papá, como otras veces?

María, para no dar a entender a sus hijos en la situación en que se hallaban, pasó la mano por la cabeza de su esposo y luego les dijo:

—Papá tiene que salir a un asunto, hijitos. Darle un beso...

Los pequeños besaron ruidosamente a Jorge, mientras que Anita le decía:

—¿Volverás pronto, papá?

Jorge antes de responder miró a su mujer, como pidiéndole permiso para volver y ella, adivinando lo que quería decirle con aquella mirada, les dijo:

—Papá vendrá la semana que viene.

—¿No besas a mamá? —preguntó Felipe aplaudiéndose él mismo su idea.

Los dos esposos fingieron darse un beso y salieron abrazados del comedor. En cuanto estuvieron fuera de la vista de los pequeños, María se retiró prudentemente y le dijó despidiéndole:

—Ven cuando quieras a ver a tus hijos.

—Gracias, María — respondió Jorge, con cierta melancolía, al ver la alegría que rei-

naba en su casa con las risas de los pequeños.

María, cuando cerró la puerta se secó unas lágrimas y otra vez entró al comedor a poner un poco de orden a la algarabía que formaban los pequeños.

TERCERA PARTE

Pasó algún tiempo y en casa de la madre de María seguían sucediéndose los altercados a diario. El de aquella noche era motivado por la tardanza de Cecilia, que había venido a una hora descompasada. Su madre insistía para que le dijese con quién había cenado, hasta que Molly exclamó intencionadamente:

—Conozco muy bien a los jefes de oficinas. ¿Tal vez si preguntáramos a él nos diría que ha estado cenando con Cecilia?

La muchacha, al ver que habían descubierto la verdad, se levantó indignada y exclamó:

—¡Me voy a casa de María!... ¡Lo que hacéis a ella y conmigo es inaguantable!

Y sin esperar a más, aquella misma noche se fué a casa de su hermana, decidida a vivir con ella hasta que pudiera resolver su situación.

La obstinación de María en no conceder el divorcio a su marido tenía indignada a Cristina, que una vez le dijo a una amiga suya:

—¿No comprendo la obstinación de esa mujer en no querer divorciarse de Jorge?

—¿No será él el que no quiere divorciarse? —le dijo sonriendo su amiga.

—Tú no conoces a Jorge —exclamó defendiéndolo Cristina—. Me ama de veras.

—Sí —siguió diciendo su amiga—; hoy te ama, pero hay que desconfiar hasta el último momento. Yo en tu lugar iría a ver a la mujer de Jorge y le diría que estás a punto de ser madre y que necesitas que tu hijo lleve un nombre.

—Lo probaré — respondió Cristina—. Es una idea que está bien pensada.

En aquel instante entró Jorge y besó a Cristina, al mismo tiempo que la amiga decía:

—Ya que te dejo acompañada, me voy. Volveré mañana por aquí.

Cristina se sentó sobre las rodillas de Jorge y acariciándolo como si fuera un chiquillo le preguntó:

—¿Has ido a ver a tus hijos?

—Sí—respondió Jorge—. He estado con ellos hasta ahora.

—¿Has visto a María?—preguntó algo inquieta—. ¿Le has hablado del divorcio?

—Ya te dije que no quiere saber nada de eso. Está decidida a no divorciarse.

—Oye, ¿y si yo fuese a hablarla? ¿Quizás le haría entrar en razón?... Llévame.

—Tú no debes ir allí—respondió Jorge—. María me permite que vaya siempre que quiera a ver a los niños y no debo abusar de su bondad llevándote.

—Di más bien que no quieres casarte conmigo—exclamó Cristina sollozando.

Y las lágrimas de ella terminaron convenciendo a Jorge, para que la llevarse a hablar con María.

Precisamente aquel día eran los cumpleaños de María y Andrés, para evitar que la joven los pasase aburridos, fué a su casa y se la llevó a cenar a un restaurant. María, recordando los tiempos en que también iba acompañada de Jorge, bailó alegremente y Andrés al verla tan satisfecha le preguntó sonriendo:

—¿No me dirás que esto no te gusta?

—Me recuerda algo muy grato para mí—respondió ella—. Al principio Jorge y yo salíamos de noche. Cuando nació Ana dejamos de salir.

—Pero estando a tu lado, no es necesario salir para sentirse dichoso—respondió An-



—Los niños me esperan. Tenemos que marcharnos.

drés—. Eres la mujer ideal para cualquier hombre que no sea tan tonto como Jorge.

María sonrió deliciosamente y le respondió:

—Soy tu ideal porque no soy tu esposa. También yo me reclamo a veces y me digo que tal vez por poner demasiado afecto en los niños he sido negligente con Jorge...

Terminaron de cenar y María se levantó diciéndole:

—Los niños me esperan. Tenemos que marcharnos.

Salieron del restaurant y mientras ellos se dirigían a su casa, ya habían llegado a ella Cristina y Jorge.

Los pequeños al ver a su padre lo cogieron por su cuenta, mientras que en la sala quedaban solas Cristina y Cecilia.

—¿Todavía no estáis en la cama? —preguntó sorprendido Jorge.

—No —le respondieron—. Esperamos a mamá, que ha salido con Andrés. Hoy son sus cumpleaños.

No le sentó muy bien a Jorge aquella salida, mas comprendiendo de que no tenía ningún derecho para pedirle cuentas a su mujer, siguió jugando con los pequeños, mientras que Cristina le decía a Cecilia:

—Creo que porque sea usted hermana de María no habrá inconveniente en que seamos amigas.

Cecilia miraba a Cristina como si tuviese ante ella a una rival y ésta siguió diciéndole:

—Cuando dos personas se quieren es inútil quitarle importancia al amor. Lo de su hermana negándose al divorcio es algo que no comprendo.

Cecilia estaba a punto de llorar. Pensaba que en el mismo caso que se encontraba aque-

lla mujer estaba ella. También ella amaba a su jefe y sabía que él la amaba, pero su esposa se oponía a conceder el divorcio y Cecilia no podía resolver su situación legítimamente como era el deseo de ambos. Comprendió entonces que su hermana hacía mal en negarle a Jorge el divorcio, pero se abstuvo de expresar su pensamiento y mucho más cuando vió que entraba su hermana.

Al ver a Cristina, María no pudo ocultar su asombro y le preguntó:

—¿Puedo saber con qué derecho ha entrado usted en mi casa?

—He venido para ver si hay un arreglo —le contestó Cristina—. Comprenda usted que esta situación es muy violenta.

—No la he buscado yo —respondió María, sentándose indiferentemente.

—Ya sé que no la motivó usted, pero yo he venido a preguntarle por qué no consiente en el divorcio.

—Eso del divorcio me parece una cosa demasiado trivial si se la compara con otras de mayor importancia...

—No le parecerá así cuando sepa usted que voy a ser madre —le dijo Cristina—. Jorge está preocupadísimo. Mi hijo tiene derecho a su padre.

—¿Y los míos, no? —exclamó indignada María—. Acabemos de una vez. No tengo na-



Ante la actitud de María, Cristina no se atrevió a...

da que añadir a lo que ya le dije a Jorge.
¡Haga el favor de marcharse de mi casa...
¡Márchese, antes que la haga echar!

Ante la actitud de María, Cristina no se atrevió a permanecer más tiempo allí y dejando a Jorge, que seguía en la habitación

de los pequeños, salió de la casa, sin haber obtenido lo que tanto le interesaba.

Al salir Cristina, María se llevó las manos a la cabeza y exclamó con íntima amargura:

—Un hijo para apartarlo más lejos de los suyos... ¡Esto es horrible!

Cecilia se acercó a su hermana y acerándose compasivamente le dijo:

—No tiene remedio, María... ¡Los se aman!

María, sin darle importancia a las palabras de su hermana, exclamó:

—Tú no sabes lo que dices. Tú no sabes lo que es amar.

—Sí lo sé, María—respondió Cecilia—. Tú eres la que no sabes lo qué es amar a un hombre al que no tienes derecho... Yo también amo como ellos.

—Hermana!—exclamó María acercándose a ella y abrazándola—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Quién es él?

—Mi jefe de oficina—respondió Cecilia—. Su esposa jura que no lo dejará nunca... ¡Me horroriza pensar que siempre será de ella!

María sintió que una angustia mortal se apoderaba de ella, pensó que el caso de su hermana era el mismo que el de aquella mujer a quien había arrojado de su casa y cambió de idea acerca de la actitud a seguir en adelante.

Precisamente en aquel momento Jorge ba-

jaba de la habitación de sus hijos y le dijo su esposa:

—Los niños duermen ya.

Miró a todas partes buscando a Cristina y María, que comprendió aquella mirada, le dijo:

—Se ha marchado ya.

Jorge recogió el sombrero para marcharse y María acercándose a él le dijo:

—Jorge, he cambiado de idea, he vuelto a pensarla y puedes pedir el divorcio... ¿No es lo que tú querías?

Su marido se la quedó mirando, comprendiendo todo el dolor que implicaba para ella aquella concesión y bajó la vista, sin atreverse a pronunciar palabra.

Al día siguiente Jorge había arreglado ya todos los asuntos referentes a su divorcio y le dijo a Andrés:

—Quiero que María se quede con la casa y que ella misma señale la pensión que he de darle, en fin, dejo todo este asunto en tus manos.

Salieron juntos del restaurant donde habían comido y ya en la puerta, Andrés le dijo:

—Voy a decirte algo que te sorprenderá, Jorge.

—¿El qué? —preguntó éste, sin adivinar el pensamiento de su amigo.

—Pues que en vista que tú dejas a María,

yo la tomo. Procuraré que el divorcio esté resuelto en pocos días a fin de proponerle que se case conmigo... No creo que se oponga. Ella sabe que la quiero de veras y que procuraré hacerla feliz.

Subió a su coche y hasta que desapareció, Jorge no pudo apartar la vista del auto, como si interiormente sintiera celos de que María, aquella mujer tan cariñosa, tan ideal, pudiera ser de otro hombre.

CUARTA PARTE

Pasaron los días, muy pocos por cierto, y durante ellos Andrés se había dado maña para que tanto María como Jorge quedasen en completa libertad.

Inmediatamente de conseguir el divorcio Cristina, hizo que Jorge cumpliese su palabra de casamiento y dos noches después de haberse fallado la sentencia, en casa de Cristina se celebraba la fiesta de su matrimonio.

Entre los reunidos estaba Clyde, éste no se dejaba perder ninguna fiesta por nada del

mundo y lo único que sentía era la tardanza de Jorge, que les obligaba a retrasar la cena.

En vista de que pasaban las horas y Jorge no venía, Cristina dió orden de servir la cena y poco después el champaña corría alegramente entre los comensales, surtiendo en más de uno sus alegres efectos.

Cuando mayor era la juerga llegó Jorge. Su aspecto era taciturno y de hombre preocupado, como a quien persigue una grave preocupación. Cristina corrió a su encuentro y le preguntó:

—¿Dónde has estado?

—Me detuvieron en la oficina — respondió Jorge.

—Pues hemos telefoneado y no estabas — respondió Cristina.

Jorge se sentía ajeno a la alegría que sentían los demás y para no parecer la nota discordante de la fiesta se encerró en su habitación. Cristina intentó seguirlo, pero Clyde se interpuso, sospechando que algo anormal ocurría, y le dijo:

—Déjeme entrar a mí, Cristina. Atienda usted a los invitados.

Entró donde estaba Jorge y acercándose a él le preguntó:

—¿Se puede saber qué te pasa?... ¿Por qué estás así, cuando hoy precisamente debías sentirte el hombre más feliz del mundo?

Jorge se le quedó mirando rencorosamente y le respondió:

—Te ruego que no me gastes bromas en este instante. Haz el favor de dejarme solo...

—Lo que tú quieras, hombre — respondió Clyde saliendo de nuevo y diciendo a los invitados:

—Jorge ha pasado un mal día en la oficina y no puede aguantar el ruido.

—Vámonos a mi casa — propuso uno de los invitados. Allí seguiremos la fiesta.

Y aceptada esta proposición salieron atropelladamente hacia la casa del que la ofrecía.

En cuanto salieron todos, Cristina fué en busca de Jorge y le dijo enfadada:

—No es verdad que hayas estado en la oficina. Lo único que has logrado con tu tardanza es ponerme en ridículo ante todos. Pero yo sé lo que te pasa.

El la miró extrañado, sin que en su mirada hubiera nada de aquel amor que parecía sentir por ella en otro tiempo, y Cristina continuó diciéndole:

—Desde que María ¹ accedió al divorcio pareces otro...

—¡No seas ridícula! — protestó Jorge, sin querer entablar ninguna discusión.

Pero ella, convencida de la verdad de lo que le pasaba a Jorge, siguió cada vez más exaltada, diciendo:

—¿Por qué no me dijiste antes que no querías casarte conmigo?

—Te suplico que no digas tonterías — respondió Jorge, paseando de un lado a otro de la habitación.

—No son tonterías — volvió a decirle ella. —Tú amas a María, la has amado siempre y lo que has sentido por mí ha sido simplemente un capricho. Pero te advierto que si no me amas, prefiero antes morirme.

Y en medio de la exaltación de que se hallaba poseída, sin darse cuenta de lo que hacía, corrió a su tocador y tomó un frasco, cuyo contenido bebió de un sorbo. Al darse cuenta de lo que había hecho comenzó a gritar y Jorge corrió a su lado, preguntándole:

—¿Qué te pasa?

—¡He hecho lo que te decía, Jorge!... ¡No me dejes morir!

Comprendió Jorge la locura que había cometido y llamó inmediatamente a una ambulancia para trasladarla a una clínica donde fuera debidamente atendida.

Pasó algún tiempo. Cristina, cuidada por Jorge curó rápidamente y llegó el día de Navidad, ese día tan esperado para los pequeños, por los regalos que trae consigo.

María había conseguido reunir a toda su familia y en la casa cenaban tranquilamen-



—Jorge, ¿quieres hacerme un favor?

te acompañados de Andrés, que en varias ocasiones había ya insistido cerca de María para que accediese a su matrimonio.

Jorge, en su casa, al lado de Cristina, que todavía no era su mujer, se paseaba nerviosamente pensando en la diferencia de la no-

che que él estaba pasando a como la hubiera pasado al lado de María y sus hijos...

Cristina lo advirtió y le dijo:

—Jorge, ¿quieres hacerme un favor?

—El que tú quieras — respondió galantemente.

—Te ruego que vayas a llevarle esta carta a María. En ella le doy las gracias por unas plantas que me ha enviado hoy.

Jorge, que deseaba encontrar el motivo para ir a ver a sus hijos, cogió los regalos que les había comprado y se fué directamente allí.

Al entrar se encontró que habían salido ya todos menos Andrés y María que seguían hablando amigablemente. La presencia de Andrés le produjo un verdadero mal humor y, sin detenerse más que a saludar, subió en busca de los pequeños.

Andrés insistía aquella noche nuevamente acerca de sus pretensiones amorosas y le decía a María:

—No comprendo por qué te niegas a ser mi esposa, María.

—Porque todavía amo a mi esposo — respondió ella riendo.

—Pero él se casará dentro de poco con Cristina.

—Todavía no se ha casado — respondió María, sintiendo una dulce esperanza renacer en su corazón.

—Bueno, pues esperaré a que se case — terminó diciéndole Andrés, al mismo tiempo que se marchaba.

Poco después apareció Jorge y al ver a su mujer sola le entregó la carta de Cristina diciéndole:

—Cristina me ha dado esta carta para ti. Creo que te da las gracias por las plantas que le has enviado.

María cogió el sobre, sin adivinar a qué plantas podía referirse y leyó su contenido, que decía:

“Mi querida María:

Cuando Jorge te haya entregado esta carta yo habré salido de la ciudad para siempre: Estoy avergonzada de mí misma, particularmente por haber fingido que iba a ser madre, para obligarte a pedir el divorcio. Debía haber sabido entonces, como sé ahora, que jamás podré ocupar en el corazón de Jorge, el lugar que tú has ocupado y ocupas.

Cristina”

María, al terminar de leer la carta se la dió a su marido y cuando éste terminó de leerla exclamó:

—Me parece que es la única verdad que ha dicho Cristina. ¿Sabrás perdonarme, María?

—Me has hecho mucho daño, Jorge — res-

pondió ella—, pero nunca dejé de amarte y siempre te perdoné.

—¿Entonces podré venir a comer mañana? — preguntó él.

—Cuando tú quieras — respondió María.

—Pues si lo dejas a mi elección, vamos a ver a los niños, tenemos que tratar de un regalo que pienso hacerles.

Y amorosamente abrazados, como si aquella volviera a ser su nueva luna de miel, los dos esposos subieron a la habitación de los pequeños, sintiéndose ahora unidos para siempre, con la fuerza que les daba el haber comprendido que ninguno de los dos podía vivir sin el otro.

FIN

YE ESTÁ A LA VENTA

REDIMIDA

Novela sentimental de una mujer que supo rehabilitarse, merced al trabajo y a la lealtad. Interpretada por Tallulah Bankhead y Fredric March.

Precio: UNA pta.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"-Apartado 707- Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché - Portada a todo color - 50 céntimos

TÍTULOS PUBLICADOS:

Ave del Paraíso

interpretada por la bella actriz
Dolores del Río y **J. Mac Crea.**

Bombas en Montecarlo

por la nueva estrella **Kathe de Nagy** y el apuesto **Jean Murat.**

El Príncipe de Arkadia

bellísima opereta, por **Willy Forst**
y la genial **Liane Haid.**

La insaciable

por la fascinante **Carole Lombard** acompañada por **Ricardo Cortez** y **Paul Lukas.**

El vencedor

protagonistas: **Jean Murat** y la
bella actriz **Kathe de Nagy.**

El tigre del Mar Negro

Obra basada en los comienzos de
la **Revolución rusa**, y revive los
incidentes de tan apasionante con-
flagración. Brillante interpretación
del célebre **Bancroft** y **Miriam Hopkins.**

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona
Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para
el certificado. Franqueo gratis.